

## MAÑANA

Marcelo no entendía el significado de *mañana*, *más tarde* o *al día siguiente*. El tiempo para él carecía de sentido. Sin embargo, sabía perfectamente los pasos que debía seguir en cada momento. Coger una caja, esperar la sonrisa de Rosa y empezar a colocar: los de la almendra, en el centro; los corazones, uno en cada esquina; los de praliné, a la izquierda; los pequeñitos con forma de concha, a la derecha... hasta completar los veinticuatro huecos que horadaban el plástico de color dorado; con cuidado de que no tuvieran ningún defecto. Esos iban a la cubeta blanca. Era un trabajo sencillo y rutinario, que requería concentración, y Marcelo podía hacerlo casi con los ojos cerrados. Se había estado preparando durante semanas para ser el mejor y digamos que lo había conseguido.

La fábrica era un universo blanco y brillante, como de azúcar. Gorros blancos, batas blancas, todo tan blanco y tan limpio que daba gusto trabajar allí. Hasta las máquinas eran blancas. Empleaba a un centenar de personas, todas iguales, todas diferentes. Algunas de ellas habían nacido con un síndrome que les hacía especiales, el mismo que tenía Rosa y que diferenciaba a Marcelo del resto de su familia. No solo por la cara redonda y la forma achinada de sus ojos, sino por su manera peculiar de enfrentarse al mundo. Por suerte, sus padres habían luchado para que tuviera una vida tan normal como la de sus hermanos. Siempre a contracorriente, defendiendo el valor de su hijo contra viento y marea; pidiendo ayuda y encontrándola; apoyándolo para que el día de mañana pudiera tener un trabajo como el que tenía. Treinta y cinco horas semanales, un salario, dos pagas extras y un futuro.

La sonrisa de Rosa le atrapaba de tal modo que, en ocasiones, ni siquiera escuchaba el estridente sonido de la sirena, anunciando el descanso. Era ella quien, entre carcajadas, le devolvía a la realidad. —¡Despierta, que estás alelao!—. «¿Cómo podía ser tan guapa?». Para Marcelo, Rosa era la chica más guapa de la fábrica, la más guapa que había visto en su vida; más guapa aún cuando se quitaba el gorro blanco, con su pelo negro y sus pendientes largos. Él respondía a sus provocaciones con una risita tímida y marchaba a su encuentro, dispuesto a compartir con ella la media hora del almuerzo, no sin antes robar un par de bombones de la cubeta.

Rosa y Marcelo eran novios. Lo eran desde el día en que desaparecieron por el pasillo blanco cogidos de la mano. Antes de eso, Marcelo había sentido un cosquilleo extraño ahí en el estómago que le había dejado varios días sin comer, y hasta sin dormir, y que no llegaba a curársele del todo. Los dos trabajan en la misma sección: él montando cajas de bombones y ella envolviendo chocolatinas de colores. Fue Rosa la que se lanzó. Era coqueta y atrevida y, en cuanto lo vio, supo que iba a casarse con él. A ella, el cuento de que los Down no podían enamorarse le parecía una tontería, ¿es que acaso no tenían un corazón como todo el mundo?

Todo iba bien hasta que, un lunes de abril, Rosa no fue a trabajar y a Marcelo se le estropeó la primavera. Odiaba los imprevistos y aquel era «un imprevisto de mucha categoría». Por primera vez desde que ingresó en la fábrica, se encontró perdido. Como cuando la empresa municipal cambió el color de los autobuses y él se quedó plantado durante horas bajo la marquesina, esperando al suyo, que no era verde sino amarillo. Ese lunes, la sirena del almuerzo sonó con mayor estridencia que de costumbre y las cajas aún seguían apiladas en el mismo sitio, tan vacías como el taburete de Rosa.

Llevaba no se sabe cuánto tiempo con la mirada puesta en ninguna parte, sin dejar de preguntarse qué había podido pasar. «Eran novios y los novios se lo contaban todo, pero Rosa no le había contado que faltaría al trabajo». Cuando el encargado acudió en su rescate, lo que se encontró fue a un niño tan grande como asustado. —Estate tranquilo, no es más que un catarro. —Charlie era su amigo, a los dos les gustaba el fútbol y las pelis de vaqueros, y siempre le echaba una mano si surgía algún problema. —¿Cuándo viene mi novia?—. —Mañana. —Pero Marcelo, que no comprendía el significado de *mañana*, *más tarde* o *al día siguiente*, empezaba a impacientarse. —No sé cuándo es mañana... porque mañana no es hoy, ¿verdad?—. —Nooo, Marcelo, ¡mañana es mañana!—. Al principio, cuando la Dirección planteó incluir en la plantilla a chavales de la Fundación, hubo opiniones de todo tipo y hasta protestas. Ninguno, tampoco Charlie, podía imaginarse lo que esos chicos iban a aportar. Trabajaban como el que más, con una disciplina y una constancia que ya quisieran muchos; pero, además, les enseñaron a ver la vida desde otro lado. Y eso fue precisamente lo que hizo Charlie, darle la vuelta al calcetín: —Mañana será cuando estés con Rosa. —A Marcelo le volvieron a brillar los ojos.

Ese lunes, rellenó una única caja. Fue colocando cada pieza en su sitio, con cuidado de no equivocarse, mientras recordaba lo que le decía Rosa cuando cogían bombones de la cubeta blanca: «A mí me sobraré un cromosoma, pero no soy idiota. Los mejores son los aplastaditos, esos que no quiere nadie». De repente, cambió de idea. En vez de poner los de la almendra en el centro, los corazones en las esquinas y los pequeñitos con forma de concha a la derecha, entremezcló unos cuantos de los que no eran tan bonitos ni tan perfectos, pero que a ella le gustaban más. Y, antes de cerrarla, contempló el resultado, satisfecho al comprobar que no había un solo bombón igual. Le pareció que así era el mundo.

## LA ILUSIÓN DE UN SUEÑO

En mi hogar, la colmena, todo está en funcionamiento, todas trabajamos para nuestra reina, unas son constructoras, otras son cuidadoras, algunas son limpiadoras y mi trabajo favorito, recolectoras, pero a mí no me dejan hacer nada, dicen que soy lenta y torpe, porque de pequeñita caí de una flor jugando. Sí, soy una abeja, pero todos aquí hacen que no me sienta una de ellas, hasta que un día decidí demostrar que era totalmente capaz de hacer lo que me propusiera.

Un día como otro cualquiera desperté con ganas de aprender y ayudar, aunque como siempre todo el mundo me decía “tienes el ala rota, deja que nos encarguemos nosotras”, pero poco a poco aprendí que había muchas maneras de hacer los trabajos de la colmena, empecé como cuidadora, las crías no se mueven mucho y como yo, no pueden volar, a pesar de que por fin podía hacer algo solo podía pensar en cómo sería cumplir mi sueño de ser recolectora, mientras veía como las abejas salían de la colmena a por más polen.

Después de un duro trabajo, mientras todos dormían tuve una gran idea, todos los días veía a las abejas constructoras reparar la colmena con una sustancia, que con el paso del tiempo se endurecía, tomé un poco, a pesar de que nadie hubiera pensado emplearla para este tipo de fines, y reconstruí mi pequeña ala, quedaba diferente a las demás alas, pero por fin, después de mucho tiempo tenía esperanza.

A la mañana siguiente, cuando todo el mundo estaba volviendo al trabajo, era el momento de enseñar a todos lo que era capaz de hacer, a pesar de que mi ala era diferente a las demás, sabía que podía hacerlo, entonces reuní a todas las abejas a la puerta de la colmena, vino hasta nuestra reina, la cual me había dicho que si funcionaba, sería lo que siempre había soñado, tenía tanto miedo que cerré los ojos y con un atisbo de esperanza me precipite al vacío y cuando los abrí, me di cuenta de que mis pies no tocaban el suelo.

Y así es como me convertí en lo que siempre había soñado. Una gran abeja recolectora.

Me encuentro una tarde de invierno paseando sin rumbo por las calles de París, cerca del Arco del Triunfo. Todavía hay algunas luces de navidad que se reflejan en el suelo mojado por la lluvia y las calles están llenas de gente a pesar del frío. De pronto se pone a llover y me doy cuenta de que no tengo paraguas, así que decido buscar un lugar en el que resguardarme de la lluvia. Entonces lo veo. Veo un local llamado “*Café Joyeux*” cuyo eslogan escrito en el toldo azul decía “*servido con el corazón*”. Esta frase me llama la atención así que decido entrar. Me encuentro con un local muy acogedor en el que hay gente trabajando con sus ordenadores, leyendo libros y periódicos o simplemente tomándose un café con amigos o familia. La música es agradable así que me dirijo a una mesa cerca de la ventana a la que se acerca una camarera para atenderme, y le pido un café latte. Me doy cuenta de que se trata de una persona con una discapacidad mental, pero no le doy importancia. Mientras espero mi café me fijo un poco más en el local y veo que todos los camareros y camareras tienen alguna discapacidad mental, lo que me resulta algo sorprendente ya que nunca antes había visto un local así. Decido investigar por internet sobre el *Café Joyeux* y averiguo que se trata del primer grupo de cafeterías de Francia en ser atendido por personas con discapacidad intelectual, y de forma mayoritaria, personas con síndrome de Down. Sigo investigando ya que me parece una idea maravillosa que favorece la inclusión social y laboral de las personas que trabajan en estas cafeterías y que merecen igualdad de oportunidades para trabajar independientemente de sus capacidades o circunstancias. En ese momento me emociono y me siento muy afortunada de poder estar ahí, donde te aceptan tal y como eres, así que decido dejar mi teléfono sobre la mesa para disfrutar del lugar tan cálido y particular.

Allí mismo se podía percibir la ilusión, bondad y entrega de todos los trabajadores, que me trataron genial, y donde pude apreciar que exista gente tan humana que emprenda negocios pensando en los demás, algo quizás poco habitual en el mundo empresarial. Entonces agradecí haberme encontrado de casualidad con este local, que me ha ofrecido una perspectiva más solidaria de la economía y donde pude disfrutar un día lluvioso de un café caliente que, efectivamente, me sirvieron con el corazón.

*CaféLatte*

# COMETA

-“¡Despierta María!”

-“¡Ya voy mamá!”

-“Tienes que tomarte las pastillas son las 8:00.”

-“¡Que ya voy!”

No tenía sueño, pero no quería levantarme de la cama. Me pasaría todo el día tumbada sin hacer nada. ¡Para qué voy a madrugar si llevo sin cruzar la puerta de casa 3 meses!

La monotonía se había anclado en mi día a día, siempre la misma rutina: me despertaba, desayunaba, volvía a la cama. A lo largo del día solo me levantaba para comer algo, ir al baño y tomar la medicación. Nadie me hacía compañía, ya que mis padres se pasaban todo el día en el trabajo.

No albergaba ningún aliciente, ningún objetivo que me motivara para afrontar con ánimo los 24 años recién cumplidos. De carácter muy alegre, con muchos amigos tanto en el instituto como en la universidad. Estudié derecho para después sacar la oposición de inspector de policía.

Mi plan marchaba sobre ruedas; acabé la carrera en 4 años y comencé mi preparación en la academia. Las pruebas físicas no me asustaban pues siempre había sido buena deportista.

La verdad es que tenía bastante claro, desde pequeña, lo que quería ser. Mi padre, que era policía, era mi referente más próximo. Me embelesaban sus historias sobre cómo ayudaba a las personas.

Una mañana, hace seis meses, me levanté ilusionada para ir a la academia; apenas quedaba un mes para realizar el examen. Cogí el coche y a mitad de camino sucedió...

Todo ocurrió muy deprisa: bajé la vista para cambiar el dial de la radio y cuando levanté la mirada un coche se había salido de su carril y lo tenía encima.

Cuando me desperté a la primera que vi fue a mi madre sentada en la cama del hospital; intenté incorporarme, pero sentí un fuerte dolor en todo el cuerpo, a mi madre se le saltaban las lágrimas. Giré la cabeza y no podía creer lo que veían mis ojos. Me faltaba el brazo izquierdo, en su lugar había un montón de vendas que tapaban lo que parecía ser un muñón.

En ese momento un cúmulo de pensamientos pasaron por mi cabeza, una mezcla entre desconcierto, tristeza y un terror irracional que no había experimentado nunca. Entonces, entró el médico en la habitación y me explicó lo sucedido. El accidente había destrozado por completo mi brazo y no les había quedado más remedio que amputarlo.

Me costó asimilar mi realidad varias semanas. Mi vida había dado un giro de 180 grados y no sabía cómo seguir adelante. No dormía casi nada, me pasaba día y noche llorando; los intentos de consuelo de amigos y familiares no hacían más que acrecentar mi malestar.

Mi sueño de ser policía para ayudar a las personas había desaparecido y no tenía ninguna meta que me motivara para continuar. Me había estado informando y mis posibilidades de acceder al cuerpo de policía se habían hecho añicos.

Una mañana por fin salí de casa para hacer unos encargos. Mientras cruzaba el parque del barrio, vi a un grupo de niños en círculo dando voces.

Me acerqué a ver qué ocurría y la situación me dejó horrorizada. Había un niño pequeño, de unos 10 años tirado en el suelo, el resto de niños lo estaban rodeando. Unos se reían de él, otros le insultaban y hasta había uno que le estaba dando patadas.

Rápidamente ahuyenté al resto de niños y ayudé a levantarse al que estaba en el suelo, tenía la cara bañada en lágrimas, pero pude observar ciertos rasgos particulares en su cara. Tenía síndrome de Down.

En ese momento vi acercarse corriendo a una señora. Se trataba de su madre; había dejado al pequeño con sus amigos cinco minutos mientras se acercaba al supermercado.

Me agradeció una y otra vez haberle ayudado. El niño, mientras tanto, me miraba con curiosidad, finalmente me dedicó una sonrisa y dijo que se llamaba Miguel.

Me invadió un sentimiento de felicidad que llevaba tiempo sin experimentar; justo entonces alguien me tocó la espalda.

-“¡María ya son las 8 y media! El médico fue muy estricto con las horas a las que tenías que tomar la medicación.”

Me levanté de la cama sobresaltada, pero había algo diferente. Una tímida sonrisa se dibujó en mi cara. Por primera vez en semanas sentía algo dentro de mí que me empujaba a seguir adelante. Una nueva meta.

-“Pues bien Miguel, de eso hace hoy 20 años. Así nació el proyecto de mi vida, hacer un centro social para niños diferentes. Niños que son tan niños como todos los demás, pero que la vida les ha puesto en su camino ciertos obstáculos que tienen que superar. Y para eso estamos nosotros. Para ayudar a que desarrollen todas sus facultades y estén preparados para tener las mismas oportunidades que cualquier otro, el día de mañana.”

Miguel se levantó y me dio un abrazo. Acto seguido salió por la puerta, no quería llegar tarde a su primer día en comisaría. Miré por la ventana que daba a la calle y vi cómo emprendía su nuevo camino, mientras le despedía con mi prótesis de metal.

“La cometa se eleva más alto en contra del viento, no a su favor”

## A CIEGAS.

Un ciego. Me acaban de comunicar que mi nuevo compañero de trabajo, a partir del lunes, será una persona invidente.

Pasé el fin de semana tratando de adivinar como sería el primer saludo, si le acompañaría un perro o si le bastaría con un bastón, si le debería ofrecer la mano y sonreír, pero claro me di cuenta de que eso no serviría. En fin, estuve todo el sábado imaginando como iba a ser la relación con mi nuevo compañero.

Para adelantar un poco “el trabajo”, me fui el domingo como cada mañana a desayunar al bar de la esquina, donde siempre coincidía con un ciego. Hasta ahora solo me había limitado a observar con que destreza se echaba el azúcar en el café y como mojaba el trozo de bizcocho sin derramar nada, al contrario de muchos de los que compartíamos barra, que rara vez dejábamos el plato limpio.

Con la intención de practicar ese primer encuentro, el cual tendría el lunes con mi nuevo compañero de trabajo, me acerqué al ciego para iniciar una conversación. Me quedé impresionado, cuando sin decir nada se dirigió a mí por mi nombre, ya que se lo había escuchado en alguna ocasión al camarero, pues me había reconocido por el olor de mi colonia. En ese momento yo me sentí el limitado, pues hasta ahora me había sentido superior y empecé a darme cuenta de que estaba frente a una persona normal, sin una capacidad visual pero que suplía esa carencia, con el resto de capacidades muy desarrolladas.

En un ataque de sinceridad, le conté el motivo por el que me había acercado a él, además de mi nerviosismo por cómo debía tratar el lunes a un compañero invidente, y lejos de sentirse molesto, me sonrió y me dijo: -Pues ponte las pilas porque tendrás una competencia muy dura-.

Me propuso que le acompañara, ya que los domingos junto a un grupo de amigos, quedaban para jugar al fútbol. - ¿Al fútbol? - Pregunté yo, y de nuevo riéndose me dijo: - ¿Y por qué no? -.

Intrigado, le acompañé hasta las instalaciones deportivas, y allí se encontraban más personas con distintos grados de visión. Aquellos que veían, se tapaban los ojos con unos cubre ojos. Impresionado observaba como podían jugar tan bien, cada equipo formado por cinco jugadores, de los que solo el portero podía ver. La pelota emitía un sonido como si fuera un traqueteo, el portero orientaba a sus jugadores y estos seguían sus indicaciones.

Me propusieron jugar un rato de portero y tuve la oportunidad de comprobar como seguían mis indicaciones y perfectamente organizados se movían como un engranaje perfecto.

Luego me retaron a jugar como jugador de campo, me puse el cubre ojos y salté al campo, nunca antes me había sentido más débil e indefenso, incapaz de orientarme, correr o poder intuir donde estaba la pelota.

En el vestuario, todo eran risas y bromas y yo desde luego me sentí uno más, por lo que invité a comer a mi nuevo amigo. Le reconocí que era mucho más fácil relacionarme con ellos de lo que en un principio me había imaginado, y que después de la experiencia había llegado a la conclusión de que era necesario “ponerse en los zapatos” de una persona con discapacidad y llegar a comprender cuantas barreras tienen que romper para poder realizar tareas que a nosotros nos parecen normales y sencillas, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana.

Él me contó que no era ciego de nacimiento, sino que una enfermedad rara le privó de la visión a los nueve años, por lo que, a diferencia de los ciegos de nacimiento, él pudo en su niñez contemplar los colores de la naturaleza y que ahora dependiendo de la estación en la que nos encontráramos, podía imaginarse el color de los árboles y de las praderas, en fin, hacerse una foto imaginaria con lo que podía sentir y oler en ese momento, con los recuerdos que mantenía como oro en paño.

Le pregunté cómo podía ser tan autónomo y no depender de nadie, solo de un bastón, que apenas utilizaba como extensión de su cuerpo, para detectar y anticipar posibles obstáculos. Me dijo que, si yo fuera muchos días a jugar al fútbol con los ojos tapados y pusiera toda mi atención y empeño en jugar bien, al final lo conseguiría, que no me podía ni imaginar de lo que es capaz de conseguir una persona si se lo propone.

Además, me contó, que él ahora se había propuesto salir en bicicleta, en un tándem con una persona que le guiara, pero dando pedales los dos. Me pareció tan buena idea que le propuse ir por la tarde a una tienda de alquiler de bicicletas y alquilar un tándem.

Mientras me dirigía a mi casa para descansar un rato, me surgieron las dudas y pensé que quizá me había precipitado, pero rápidamente se me disiparon cuando a la hora convenida y a la puerta de la tienda de alquiler, ahí estaba él con una enorme sonrisa.

Mucho más decidido que yo y con una gran determinación, se montó en el tándem y me dijo que le dirigiera, que ya tenía ganas de sentir el aire en el rostro y de abandonar la ciudad para recorrer caminos entre árboles en una zona próxima a la ciudad y que discurría entre arroyos y prados.

Pocas veces me he sentido mejor, compartiendo con un amigo, como un perfecto equipo, el esfuerzo, pedaleando y superando las cotas que nos hacían esforzarnos al máximo, disfrutando en las bajadas, cuando dejábamos de dar pedales y el aire nos daba en el rostro, apenas me dejaba oír las risas de la persona que detrás de mí, disfrutaba y saboreaba cada bocanada de aire.

Cuando al final del día nos despedimos con un fuerte y sincero abrazo, él con una enorme sonrisa me dijo: “mañana a las nueve en la oficina, compañero, y ponte las pilas”.